

## salvajes y "civilizados"

EN la misma semana se han estrenado en Madrid —en fecha poco propicia para cualquier tipo de lanzamientos— dos primeras obras de realizadores jóvenes españoles, «Las salvajes en Puente San Gil», de Antonio Ribas, y «Codo con codo», de Víctor Aúz. Sus realizadores proceden de campos muy diversos. Ribas ha sido ayudante en diferentes películas, se ha formado en lo que se denomina «la profesión»; Aúz viene de la teoría, y en la actualidad desempeña el cargo oficial de comisario de los Teatros Nacionales. Contrariamente a lo que podría esperarse de un respeto a los esquemas establecidos, a esos esquemas que por el hecho de serlo revelan su inanidad, Ribas ha hecho obra personal y Aúz ha intentado una aventura comercial que no ha resultado tal.

El cine español, carente de tradición en lo que se refiere a la comedia musical, se ha acercado pocas veces al género, y en general cuando lo ha hecho, no lo ha acompañado la fortuna. No me refiero, naturalmente, a las películas «folkloricas», que difícilmente podrían adscribirse a tal apartado, sino a los films que han querido jugar la baza de la música moderna, seguir la línea marcada por los americanos y cuyos «hits» marcan obras como «Cantando bajo la lluvia». En los últimos años, y dejando aparte los vehículos para Marisol o Rocío, sólo se han llevado a cabo intentos muy escalonados: «Escala en Hi-Fi», de Isidoro M. Ferry; «Meqatón ya-yé», de Jesús Yagüe; «Cuando tú no estás», de Mario Camus... «Escala...» adolece, en primer lugar, de la falta de auténticas figuras en la especialidad en la que pretendía abrir brecha, y la pretensión de acceder a una máxima libertad se vea coartada por la ausencia de objeto fílmico, de realidad musical a la que dar forma cinematográfica. «Meqatón...» resultó, posiblemente, excesivamente perjudicada por el error que supuso enviarla a representar a España al Festival de San Sebastián y por la levedad del guión. «Cuando...», cuyo guión es inexistente —creamos escenas ante una comedia musical americana de los años cuarenta, pero sin los gags que las inundaban— y, además de haberse prescindido de toda coreografía, las figuras protagonistas no tienen hoy por hoy la garra que tenían las de aquel cine, la película queda coja. Unas referencias —demasiado directas, por otra parte— a los films que «Los Beatles» realizaron para Lester no bastan para dar al film un aire moderno al que, sin embargo, parece poder aspirar en sus primeras imágenes. Un intento más no logrado en un camino tan poco trillado en nuestra producción, en suma. Queda, de momento, el margen de confianza que hay que conceder al film que Javier Aguirre acaba de terminar con «Los Bravos».

«Las salvajes en Puente San Gil» es la adaptación de la obra homónima de Martín Recuerda que armó cierto revuelo con ocasión de su estreno, hace unas temporadas, en el teatro Eslava. La pieza valía por lo que en ella había de revulsivo, y éste sigue siendo el mérito primero del film; pero ello no quiere decir que Ribas se haya limitado a la ilustración del original teatral. En primer lugar, el hecho de sacar a los triates personales a la calle, de enfrentarlos con una realidad tangible, con una geografía y una fisonomía humana auténticas, da a la película una dimensión de la que carecía su base literaria, que por otra parte ha sido modificada con resultados positivos, aunque no se hayan superado todos los escollos. El film vale, esencialmente, por lo que en él hay de violento, de vital; es cierto que violencia y vitalidad no alcanzan siempre el grado deseado, en virtud de unas limitaciones de producción y de una falta de dominio por parte del realizador que a veces se trasladan con demasiada fuerza. Pero, frente a estas lagunas, lo que es innegable es que las imágenes, incluso las más inhábiles, tienen una fuerza, una garra, que hacen perdónables los baches, las torpezas. El cine español está demasiado carente de vida, de impacto, como para que no haya que saludar la aparición en nuestras pantallas de un film como el que me ocupa. El que los personajes griten, se sulfuren, pierdan su compostura, es algo a lo que no estamos demasiado habituados. Que las escenas en las que intervienen grupos numerosos resulten en ocasiones embrolladas no es defecto grave. Ante tanta imagen «pulcra», «lavada», las de «Las salvajes en Puente San Gil» suponen una bocanada de aire fresco. Ante tanto actor envarado, preocupado únicamente de decir su frase en la marca prefijada, la naturalidad de los que intervienen en el film, especialmente del numeroso y excelente reparto femenino, adquiere caracteres de liberación, y demuestra, una vez más, que existe en nuestro campo de intérpretes un núcleo muy aprovechable del que raramente se hace el debido uso. «Las salvajes...» no es, evidentemente, una gran película. Pero abre marcha en un camino que, igualmente equidistante del neorealismo y de la literatura, puede ser muy fructífero para nuestro cine, y en el que el paso dado por Ribas merecería ser acompañado por el éxito.

CESAR SANTOS FONTENLA

## el cálido verano de los negros de newark

Newark (Nueva Jersey).—El autor teatral y poeta negro Leroi Jones ha sido detenido por las fuerzas de seguridad que controlan Newark, después de que le fueran descubiertas dos pistolas y municiones ocultas en el automóvil que guiaba en la zona de los disturbios que mantiene en estado de alerta a los habitantes de esta ciudad desde hace tres días, según se nos informa por teléfono.

Jones— que tiene treinta y dos años y es autor de varias obras estranadas «off Broadway»— fue condenado a pagar la suma de 25.000 dólares que se le aplicaron de multa por tenencia ilícita de armas de fuego. Y como no los tenía fue detenido, luego de haber sido enviado al City Hospital, donde se le atendió una herida en la frente cuyo origen se desconoce y la cual necesitó seis puntos.

El autor tiene su residencia en Newark en la actualidad, pero anteriormente vivía en Nueva York. (Agencia Efe.)

NADIE como Williams ha mostrado la relación entre la temperatura y los conflictos dramáticos. Al sensarismo de este autor norteamericano le cuadra eso de empezar por el abogado físico, por la musculatura sudorosa, por el desasosiego orgánico, para acabar en el estallido violento y la súbita cristalización de una serie de problemas soterrados.

Pero, no olvidemos que los personajes de Williams son, por lo general, personajes traumatizados y angustiados solos, personajes enfermos, propicios al desequilibrio. El calor actúa, pues, como un estimulante patológico, como un elemento activador de los procesos de descomposición del individuo.

Ahora, hablando de los sucesos de Newark y de otras ciudades norteamericanas, no es raro oír alusiones a los rigores del verano, como si la violencia negra fuera una consecuencia poco menos que natural. He aquí un buen ejemplo de enajenación dramática. Dadas unas condiciones de vida y una situación social y política de la comunidad negra en Newark el 60 por 100 de su población es negra; ni un solo negro ocupa un cargo en la administración de la ciudad—, a muchos comentaristas les parece que lo fundamental es la temperatura. Con ello, y de un modo más o menos consciente, se irracionaliza al máximo el movimiento negro, que vendría a ser un animalizado reflejo de las estaciones. A los negros, el calor los pondría furiosos. Y basta.

Yo quisiera, al filo de esa noticia que acabo de leer en nuestra prensa, hablar aquí un poco de Leroi Jones, uno de los más interesantes dramaturgos negros de nuestra época. Interesante, precisamente porque no es un escritor negro incorporado al teatro blanco, un negro intelectual que busque un sitio de caridad entre las plumas de los blancos, sino, fundamentalmente, un escritor que asume la realidad objetiva de su «negritud» y las consiguientes consecuencias que ello comporta en el ámbito de la sociedad norteamericana. El caso de Jones es políticamente ilustrativo. Como dice la noticia de la Agencia Efe, el escritor vivió durante algún tiempo en la mayor zona de Nueva York. Podía haber añadido la noticia que estuvo casado con una mujer blanca. Y que, durante algunos años, se esforzó por olvidar el color de su piel y trabajar al servicio de la integración racial. Leroi Jones era algo así como el escritor negro del Nuevo Teatro Americano.

Pero un día debió pensar que esto era enganarse a sí mismo. Que no tenía ningún sentido esa perpetua mendicidad. Que la única armonía y justicia social posible entre negros y blancos debía de empezar por admitir que se trata de dos razas distintas, dos razas muy diferentemente situadas dentro de la sociedad norteamericana, dos razas que tenían por delante un difícil camino si querían llegar a una justa convivencia y no a la simple sustitución de la esclavitud por el paternalismo.

Leroi Jones dio la vuelta. Se divorció de su mujer blanca y se casó con una muchacha negra. Abandonó Nueva York para irse a vivir, primero a una modesta casa de Harlem, ahora, por lo que leo, a la ciudad casi negra de Newark. Empezó de nuevo su carrera de autor. Dos piezas breves, «El metro fantasma» y «El esclavo», representadas en París hace dos temporadas, serían su grito de guerra, obras sobre el «problema blanco» y no, como de costumbre, sobre el «problema negro», ya que para Leroi Jones, como para otros intelectuales negros, el problema racial es un problema específicamente blanco, en tanto que son los blancos de los Estados Unidos quienes imponen la segregación racial y la consiguiente desigualdad social y política.

Ahora leo en la prensa que Leroi Jones ha ido a la cárcel por llevar armas y no tener esos 25.000 dólares que siempre ayudan a los delincuentes blancos. Leo también que tiene una herida en la frente, cuyo desconocido origen no es difícil adivinar. Le imagino más exaltado que nunca, enfrentándose a los segregacionistas y a los que él considera idealistas de la integración. De estos seis puntos en la frente y de este tiempo de cárcel es seguro que saldrá una nueva obra de combate, un nuevo grito que unos harán con temor, otros con pintoresquismo revolucionario, y otros como la expresión de la nueva cultura negra de los Estados Unidos, Tercer Mundo que crece entre las manos del Gran Gigante Blanco de nuestro tiempo. Un Tercer Mundo que viene hacia nosotros —como decía Jean Paul Sartre en memorable ocasión— para ensanchar y poner a prueba el humanismo de la cultura occidental.

JOSE MONLEON